

En Valdivia no llueve V

Selección de
relatos 2021



LOS LIBROS DEL GATO CAULLE



PROYECTO FINANCIADO POR EL FONDO NACIONAL DE FOMENTO
DEL LIBRO Y LA LECTURA, CONVOCATORIA 2021

En Valdivia no llueve V



Selección de
relatos 2021

Organiza:
Los libros del Gato Caulle

Ilustra:
Gustavo Pacheco López

Diseña:
Ian Campbell Cambior

Escribe:
Carolina Ceballo, Pablo Alejandro De la Torre,
Diego José Turén, Ignacia Sofía Godoy, Gonzalo Soto,
Carolina Vázquez, Paulette Laubreaux, Felipe Pinto,
Gastón Sepúlveda, Maura Daniela Salvo.

Apoya:
Cristina Gallardo, Melissa Cárdenas, Pedro Tapia,
Nina Avellaneda, Iván Laurence y Natalia Huenulef.



LOS LIBROS DEL GATO CAULLE

Un refugio en la tormenta

Corre septiembre de 1947 y un solitario profesor de arte se abre paso entre los bosques del lago Rupanco. Camina arropado, con una cuerda de ferretería, algunas estacas, un macizo piolet y rudimentarios crampones. A su espalda el temporal no da tregua. Una blanquitud absoluta, a medida que gana altura, inunda el bosque húmedo. La nieve enceguece en parte su avanzada. Solo es capaz de calmar su respiración cuando distingue el techo inconfundible del refugio de montaña, que tantas veces ha visitado y le permitirá, al menos esta noche, dormir en tranquilidad.

El profesor se llama Hans, Hans Blindhuber, y además de profesor fue pintor y andinista alemán. Entre sus obras y hazañas destaca ser la primera persona —conocida— en ascender en solitario el volcán Puntagüedo. Su nombre, su cara, sus familiares y algunos de sus trabajos los conocemos gracias a antiguas fotografías que encontramos en aquella mítica —y ahora

demolida—casa de Picarte #1478, Valdivia, lugar donde nació —literal y en el patio— un gato que bautizamos como Caulle.

En esa casa brotó una librería y, como un gemelo, nuestro concurso “En Valdivia No llueve”. Una convocatoria que se construyó con la idea de refugiar a nuestras escritoras y escritores emergentes. Un sitio donde encontrar un oído y unos ojos curiosos de ser leídos. Un techo donde acudir cuando las antiguas voces no dejan de hablar, antiguas voces que —aunque uno levante la mano— no dejan de contar una y otra vez la misma historia.

Celebramos el primer lustro de este querido refugio. Celebramos la quinta versión del “Valdivia no llueve” con su misma energía medular: desde un lugar remoto pero con toda el alma de la épica, de la incomodidad, de la frescura y del talento de las y los diez escritores que en esta oportunidad llegan a abrir las ventanas y a meter bulla. Le damos la bienvenida a esta última entrega, a la más sencilla pero honrada publicación de literatura del sur.

LOS LIBROS DEL GATO CAULLE

Telefonía para el hogar

•
Carolina Ceballo Charpentier
36 años,
Santiago.

● Relato ganador



Se quedó sola, en una casa habitada por los libros que ya no queríamos leer, por la ropa que ya no volveríamos a usar, por las tazas que ya no llenaríamos. Se quedó sola el día en que el último de nosotros decidió que Valdivia era muy chico, muy frío, que estaba lleno de gente peladora, que nadie estaba condenado a vivir en el último lugar del mundo, que la distancia le haría bien a la distancia. Y colgó nuestras fotos, en todas las edades, con todos los disfraces de nuestra infancia. Cerró la puerta de cada una de las habitaciones, reemplazó la combustión lenta y la letanía de la leña, por un calentador eléctrico que fuera suficiente para calentar sólo la porción de la casa en la que viviría. El trasiego de un hogar agitado se redujo a un plato, una taza, una olla, un par de cubiertos y una televisión siempre encendida, para llenar la soledad de artificio. La abogada de la tele da su veredicto, mientras toma su tercera taza de café de la tarde. Se distrae con el vestido de raso blanco que llevo en la foto de mi primera comunión. Le hace un brindis al vacío y recuerda que ella cosió el vestido a mano, que eran tiempos difíciles en aquella época. “¿Dónde lo habré dejado? seguro que no se lo llevó” Piensa. Su misión del resto del día será buscarlo, tal vez algún día yo lo quiera de vuelta. Suena el teléfono, baja

rápidamente el volumen de la televisión, donde ahora una mujer promociona una crema para las manos. Podría ser alguno de nosotros, se dice a sí misma. Contesta, y se mantiene en silencio. “No”, dice áspera. “Gracias. pero ya no necesito un plan de telefonía para el hogar”.

CAROLINA CEBALLO CHARPENTIER



Almendra

Pablo Alejandro De La Torre Yavar
30 años,
Valdivia.

● Mención honrosa



Montando sobre la Almendra, venía llegando del pueblo. Había bajado temprano a comprar unas cosas y a buscar noticias de la sacudida de la tierra del día anterior. Supo que en Concepción había sido el terremoto. Dejó a la yegua pastando abajo, cerca de los hualves, y subió a su rancho.

Tenía 19 años y vivía con sus abuelos, aunque para él eran sus padres. Era hijo huacho, su mamá lo parió jovencita; se fue a trabajar a la capital antes de que en su memoria pudiese impregnarse las formas de su cara y el tono de su voz. Nunca notó la falta de cariño, no porque se lo dieran en demasía, sino porque para él poco siempre era suficiente. Su familia ideal no era la que no tuvo, sino la que tendría; tenía todo planeado, la Isolina González iba a ser la madre de sus hijos. Habían quedado de verse el miércoles, la llevaría al pueblo, la invitaría a tomarse algo y le confesaría su amor.

Aunque si hablamos de amor, el que sentía por la Isolina González era un germen; pero amor de verdad, lo sentía por la Almendra. A pesar de que se la habían vendido a precio de huevo, según el rucio Ortega, el antiguo dueño; la yegua le costó el ahorro de dos años de trabajo, desde los 15 a los 17. Para él ahora tenía un precio invaluable.

Colgaba su hacha a un lado y recorría Casablanca, Santo Domingo, Morrompulli, Cufeo y hasta Caman, cortando y repicando leña, aunque siempre estaba dispuesto a hacer cualquier pololito que le saliera. Otra cosa era el éxito con las chiquillas, eso sí que no tenía precio. Y tanto en los esfuerzos del trabajo, como en los del amor, siempre estuvo acompañado de la silenciosa elocuencia de la Almendra.

Eran pasadas las 3 de la tarde. Terminada la sobremesa la tierra se comenzó a mover como nunca. Que se cayeran todas las cosas de la casa no le sorprendió tanto como ver a las vacas no poder mantenerse paradas, como la tierra se abría y volvía a cerrarse, engullendo árboles y todo lo que tuviera la mala suerte de haberse posado ahí. Pero en su mente solo había una preocupación y se lanzó cerro abajo corriendo, corriendo y rodando, como si el mundo no estuviera acabándose en todas partes, como si se pudiese arrancar de una fuerza que abarca todo.

Años después recordaría estar abrazado al cuello de la Almendra, esperando se tranquilizará, aunque fuese él quien más lo necesitaba. Se preguntaría por qué la yegua no hizo gesto alguno de conmoción o miedo. Se recriminaría el haber pensado antes en el animal que en sus

abuelos o su futura esposa. Y en sus horas más oscuras, volvería a este recuerdo, al día en que todo se venía abajo y él estaba abrazado a su yegua, abrazado a la Almendra.

PABLO ALEJANDRO DE LA TORRE YAVAR



El sueño del tío aceite

•
Diego José Turén Román
33 años,
Osorno.

● Mención honrosa



Esta historia ocurrió en un pueblo de la provincia de Conce. En una caleta perdida en el sueño de un dios del sur, casi todas las noches, bajo la luz tenue de un poste de luz instalado hace cuarenta años, se veía un carrito de aceite proveer comida a la gente.

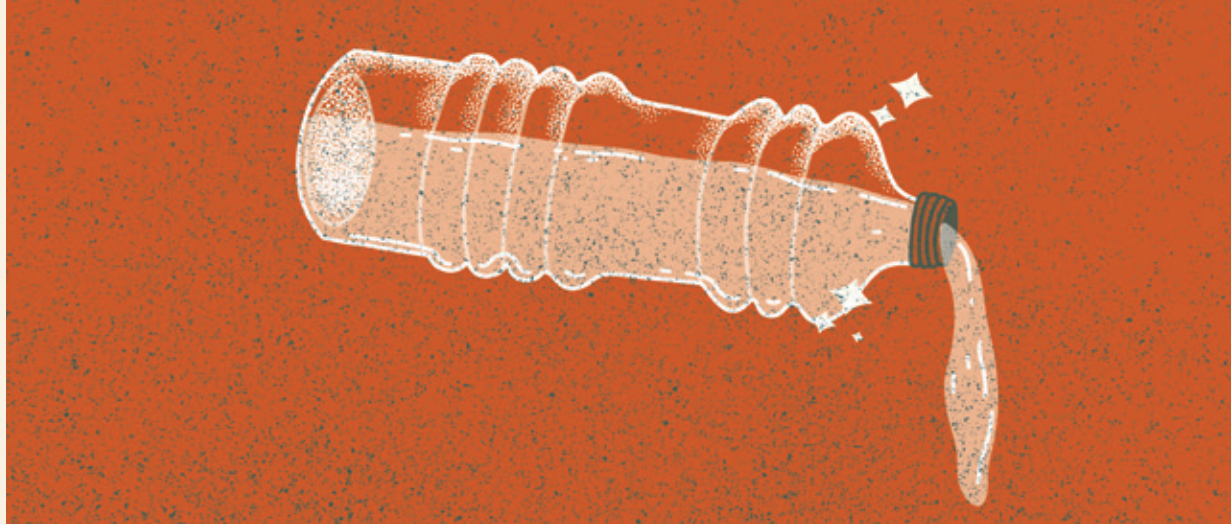
Una merluza frita pasada por una brocha de pasta de pebre (a lo pintor, como decía el refrán) era lo que se servía un viejo llamado: el tío aceite. También se decía que freía ratas. Que una vez echo a freír el meñique de una guagua muerta. Que el viejo estaba metido en rituales satánicos donde adoraban a un demonio frito.

Una noche soñó con un mar de aceite hirviendo. Se lo comentó a su pareja. La pareja le dijo que estaba cagado, loco, finiquitado. Luego de eso no pudo mirarse la cara por meses y meses. Pero el sueño persistía. El mar de aceite, el mar de aceite, decía entre dientes.

Sucedió que encontrándose en su trabajo, comenzó a escuchar de manera más fuerte el sonido del pescado friéndose. Los días transcurrieron y el sonido persistió inusualmente. Los sueños empezaron a ser cada vez más vívidos. A veces escuchaba conversaciones ajenas decir exclamaciones como: ¡qué bueno está este aceite! y escuchar

como repuesta: ¡cuidado, mi hermano sucumbió ante su hígado graso!

Una noche sintió que todo su cuerpo se freía en una freidora enorme. Despertó gritando. Salió disparado del lecho. Sudaba de miedo. Al otro día al quitarse el pijama su pareja le descubrió una mancha al rojo vivo en su espalda. Se miró en el espejo. No pudo dar crédito a sus ojos. Ese mismo día el sonido del aceite hirviendo se hizo más insoportable que antes. De pronto ocurrió: todo tembló. La tierra pareció moverse como nunca. Esperó lo peor. Fueron tres minutos donde a cada intervalo iba creciendo el movimiento del suelo. Después, al cesar todo, el mar se fue encogiéndose poco a poco. Al instante, pensó en algo. Salió corriendo. Fue directo al trabajo de su pareja. Al llegar no encontró a nadie. Dio vueltas por la manzana, pero no sacó nada en concreto. Segundo más tardes escuchó el sonido del mar volviendo y luego de un tiempo, visualizó una joven punk salir arrancando, mientras gritaba: ¡es el mar, es el mar, está quemando a la gente! Entonces... despertó. Se encontraba en su cama en lo que parecía ser una mañana clara y despejada. Al lado se encontraba su pareja que lo miraba fijamente. ¿Has tenido una mala noche?, le preguntó ella. Sí, más o menos, respondió el tío aceite.



Al levantarse fue hacia la cocina. Tomó un vaso de agua. Miró por las cortinas: el pueblo parecía muerto. Al volver a su pieza se vistió rápidamente y se marchó. Al caminar por las calles no vio a nadie. Tampoco parecía que hubiera movimiento dentro de las casas. Al doblar por la avenida Las Golondrinas pudo ver una mujer envuelta en túnicas. Iba acompañado por su hijo, que se encontraba en iguales condiciones. Noto que no podía diferenciar bien sus rostros. Al pasar enfrente, se devolvió para mirarlos. De pronto, el niño se dio media vuelta y pudo apreciarlo: su carne estaba apanada y frita.

DIEGO JOSÉ TURÉN ROMÁN

Su calzón

Ignacia Sofía Godoy Muñoz

28 años,

Santiago.

● Mención honrosa



Ardía en llamas su calzón. Lo miró como si fuera lo último vivo que quedaba de la pieza en la que pasaba más de diez horas sentada, o parada, o en cuclillas, y giró. El calor ya la estaba sofocando y el tiempo que pensó iba a poder soportar, se desfiguró obligándola a correr escalera abajo como todas sus compañeras. La mayoría de los clientes habían tomado las batas de ellas, así que casi todas sus amigas estaban en calzones, sostenes o sin nada, intentando taparse la cara, los ojos, del humo.

La casa era del 1800, y pensar que algo de ahí podía sobrevivir al fuego habría sido triste. Más triste que el panorama que se les presentaba enfrente. De vigas cayéndose de a poco, de vidrios explotando en sus párpados y oídos, de humo tocando el cielo y del silencio sepulcral que se escuchaba en la ciudad de Concepción en vez de las sirenas de bomberos que se estaban esperando. No había gritos, ni conversaciones asustadas. Solo miradas indecisas, sin saber bien qué hacer o a dónde dirigirse. Miradas de ellas, que contemplaban sus pocas pertenencias prender en llamas y desaparecer.

“Hoy no me webí, Lurdes, yo ya reservé la pieza roja. Mi cliente me la viene pidiendo hace un mes ya”, mirar a la Perla era como ver a otra

persona. Lurdes se imaginaba a la niña flaca y con ropa holgada que había tocado la puerta de su casa hacía ocho años. No esperando nada. Apareciendo en su vida por inercia y falta de voluntad. Y de la primera vez que le insistió que quería unirse a “su almacén”, como le decía.

Lurdes siempre hablaba de clientes y de cuánto dinero recibía de ellos. Y Perla solo conocía un tipo de negocio: un almacén. Porque a los diez años almacén y prostíbulo eran prácticamente lo mismo. Prácticamente la misma forma en la que veían esa casa destartada las cinco mujeres que ahora compartían pieza con Perla. Que compartían clientes y fluidos. Que compartían traumas, conformismo. Que Lurdes trató de diferenciar, pero con cada intento perdía la poca esperanza.

“Ya, si ya te anotaste, ya. No me subai el tonito”. Al principio, no quería anotarla para ninguna de las piezas. No quería anotarla para ninguno de los clientes. Pero Perla le quitaba el cuaderno y lo hacía ella misma.

“Qué tanto te importa. No soy ni tu hija”, le repetía seguido, con ese tono de resentimiento que carcomía casi todas las frases de Perla. Como sus movimientos y su cara indiferente, que llenaban sus pupilas y sus labios delgaditos como su cuerpo.



Y ahora las manos de Lurdes le secaban las lágrimas al rostro de Perla, que fijaba sus brazos cruzados sobre su pecho e intentaba no bajar la cabeza para conservar su orgullo de cuerpo desnudo. Mientras las llamas consumían la casa de su madre postiza.

IGNACIA SOFÍA GODOY MUÑOZ

Zoom

Gonzalo Soto Subiabre
42 años,
Valdivia.

Finalista



La sesión de Zoom empezó puntualmente a las 8pm, y en el momento en que él se conectó, sus ojos se fijaron en ese rostro enmarcado en uno de los 14 cuadros.

Y se la imaginó riendo, celebrando sus bromas pesadas y muchas veces crueles, llenas de humor negro. Se la imaginó conversando junto a él en un bar, con su excesivo maquillaje y su leve voz aplastada por el ruido. Se vio caminando junto a ella en la costanera, de la mano, preparando los detalles de su nueva casa. Se imaginó una tarde de domingo primaveral en el jardín, aguantando a su suegro y sus opiniones fachas: “Todo el país se empezó a joder con el Apruebo”. Se vio sentado junto a su suegra y sus interminables monólogos sobre su familia y su pasado aristócrata. Imaginó a un par de niños corriendo por la casa, y como hace años, desde que aprendieron a caminar, no disfruta de un momento de silencio para leer, o escuchar alguno de los pocos vinilos que se han salvado de la destrucción general de recuerdos y objetos preciados, víctimas de la curiosidad y los juegos infantiles. Imaginó las infinitas horas extra que tendrá que hacer en su trabajo intrascendente para poder pagar el saco sin fondo de una familia de cuatro. Imaginó las noches cada vez más frecuentes en que el



contacto con ella se remite a un beso de buenas noches y al toque ocasional de una mano bajo las sábanas. Imaginó las miles de tardes iguales, tediosas, donde la televisión es la única que llena el vacío entre dos personas que tuvieron la felicidad en sus manos, pero se la entregaron a la Rutina para que la devorara lentamente. Se imaginó a sí mismo recordando ese día, esa sesión de Zoom, en que la conoció.

¿Desea abandonar la sesión?

OK.

GONZALO SOTO SUBIABRE



El cuestionario

Finalista

•
Carolina de los Angeles Vásquez Oporto
35 años,
Llifén.



—Tenía 10 años cuando me empezaron a mandar sólo pa' potrero a contar las vacas del patrón. Era chico ahí, estaba en tercero o cuarto básico cuando me dijeron que tenía que dejar la escuela pa' irme a trabajar al campo. Mi papá era el campero del fundo, pero un día cayó de un caballo, entonces tuve que trabajar por el pue'.

—Entiendo Don Eusebio, ya, entonces le colo-co aquí cuarto básico, ¿sí?

—Si pue', le acabo de decir.

(Vale sonríe tímidamente)

—Ya, disculpe... ¿usted me dice que sería et-nia mapuche?

—Sí

—La siguiente pregunta dice si trabajó o no la semana pasada.

—No señorita, no ve que tengo éste pie hin-chado, no puedo caminar, me duele. Vinieron de la posta, pero me pusieron un pañito no más y me dijeron que me tomara estás porquerías de paracetamol, no sirven pa' na'...mi hijo el cara-binero me dijo que descansara y acuérdesse pue' que yo ya tengo casi 80 años ya. Yo recibo una pensión y nada más, por eso tenemos que salir igual con la Nora a hacer algo a veces pa' ganar-nos unos pesitos y, con el pie así no puedo.

(Vale lo interrumpe)

—Claro, ¿oiga y sus hijos no vienen?

—A veces vienen, ve que ellos viven en la ciudad pue', no pueden viajar tanto y nosotros menos... si yo esa cuestión, oiga, el ruido de los autos, bocinas, micros y cuanta lesera, no me gusta na' mijita.

Lo observo como se acurruca al lado de la estufa a leña con la tetera chirreando y pienso que hace frío, me quiero ir rápido. Sólo me queda ésta casa y me puedo ir a la mía donde la Catita, mi hija, ya debe haber llegado, ojalá se acueste con guatero porque bucha que hace frío, ojalá este en casa esa cabra de porquería.

—Si Don Eusebio, esas son las preguntas que tenía que verificar, pero lo registré en su formulario. Oiga si necesita algo me llama ¿ya?

—Ya señorita Vale, gracias por venir, disculpe no me pare, ve que me duele el pie.

Nos despedimos y me fui rapidito al auto, conduje de vuelta por la ruta, tenía que pasar Chollinco, luego hasta cruce de Llifén y de ahí viajar 16 kilómetros a mi casa, a Futrono...

CAROLINA DE LOS ANGELES VÁSQUEZ OPORTO



El cuento maldito de los niños fantasmas

•
Paulette Laubreaux Guzmán
26 años,
Valdivia.

Finalista



En este cuento maldito, los niños fantasmas corren con los gatos recorren los techos de las casas por cuadras enteras en la búsqueda intangible de lo que no desean. deambulan con semblante arisco y rehúyen de las caricias maúllan cuando la luz de la luna se refleja porque piensan que nadie más los vigila.

desde las alturas de las construcciones de la ciudad que se transforma en odio que los acecha desafiante y los amenazan de muerte, el viento carga esas palabras y susurra: *aunque se piensen fantasmas siempre alguien los verá escapando.*

una cosa sí es segura:
los niños fantasmas son la ciudad
pero la ciudad no es los niños fantasmas;
los niños fantasmas son los gatos
y los gatos son los niños fantasmas
que trepados en los techos
aprecian día a día
la destrucción de lo que algún día fue suyo
un lugar que los malcrió sin amor ni calidez



pues la ciudad los ha apartado de sí
y ellos han arañado ese rechazo

¿quién construyó esta perpetua tensión?
¿quiénes destruyeron la ciudad?
contéstame, si es que sabes,
¿quiénes son esa ciudad que los ignora?
a los niños fantasmas hace años que los han
borrado
nadie reconoce su pasado ni su presente
cuando corren por los techos, no buscan un
futuro
cuando corren con los gatos no han de sufrir el
miedo

sin embargo, los gatos son buena compañía para
quienes
no buscan ronroneos sino venganza.
son más niños de los que ves
viviendo a la deriva de una ciudad ajena
a su dolor y su existencia

el cuento maldito no parece tener final
los niños fantasmas que corren con los gatos
han de encontrar su libertad entre los techos
foráneos
entre las huellas de la vindicación



de una ciudad necia que se ha construido para
ser destruida
por quienes sólo la luz de la luna reflejan.

PAULETTE LAUBREAU GUZMÁN

Se está quemando Grecia

• Felipe Pinto Rivera
29 años,
Llifén.

Finalista



“Ayer quemaron al grecia
A eso de las tres con treintay3
Llegaron cuervos y ratones con cara de amigos
Por supuesto drogadictos y viejas con olor a carne

Por supuesto: sapiaron y se fueron.

Ayer mataron al grecia, lo quemaron en un basurero
Unos dicen que fue su papá, otr@s que fue su mamá
Lo cierto es que fueron ambos, y las drogas y los que le tenían mala
Así de simple, así de corto

Ayer el grecia tuvo nombre
Hoy lo agarran pal webeo”

Terminó de hablar, sus padres escucharon esas últimas palabras
llenas de rencor y zorro apuro el paso. Guardo el cuchillo de su
hermano y se encamino en la búsqueda de muerte.

FELIPE PINTO RIVERA

De madrugada

Finalista

Gastón Alfredo Sepúlveda Truan

33 años,

Temuco.



No escuchó el sonido del silbato. Sólo vio a la gente correr, sólo sintió la arena escurrir bajo el empedrado, mientras se iba pintando una historia con la arcilla de sus zapatos, con la tierra traída en barco desde el puerto, desde la mañana, desde la neblina, desde el olor a mar dulce en el caldo de la isla del rey, desde ese beso de “cuando vuelvas trae pan”, ese beso hoy robado por la tierra cuando se escucha “¡ahí viene!”, el único aviso antes del desastre. Luchando contra el niño que tira de las faldas de Corral, mira, mira para ver esa cordillera gris, inexorable, inolvidable, imperdonable, un trueno de sal que lo hace pez, lo hace nadar a desovar su vida cerro arriba, esquivando los palos, las piedras y a los otros peces que no pueden sino dejarse llevar, con la desidia de lo inevitable, por que río abajo hay mar, tranquilidad, quietud y silencio. Silencio a los gritos y al llanto, un sueño tranquilo, con la seguridad de que, más tarde que temprano, bajarán el resto de los peces a cantar qué fue lo que encontraron, en lo alto de Corral una mañana de 1960.

GASTÓN ALFREDO SEPÚLVEDA TRUAN

Proyectos

Finalista

Maura Daniela Salvo Epullanca

38 años,
Valdivia.



Hay que sospechar de los premios, de los reconocimientos, de esas cosas que te ponen en la mira o te dan ínfulas artificiosas. Siempre sospechar, leer entre líneas, darle la vuelta a lo que te dicen, a lo que te reconocen. Y es que es tan fácil crear un ego falso, plagado de ilusiones y contratiempos.

La *Perla* del sur. No una joya, una perla. Las perlas se forman cuando una partícula o un parásito entra de manera accidental en un molusco. Como hay una sustancia extraña, un irritante, el molusco se defiende cubriéndola con una sustancia lustrosa.

Nos gusta la metáfora de la piedra preciosa, del valor, de ser únicos. ¿Nos gustará también ver la analogía en la formación? ¿Seremos capaces de trasladar el significado?

Desplazamiento. La sustancia lustrosa sobre las horas de no dormir por hacer una pega que nadie valora. El nácar envolviendo las injusticias vividas, reiterativas. La baba viscosa sobre la pregunta “¿y haciendo qué?” al querer ser opción. Crear confortabilidad en torno a la segregación. Urdir el bienestar tras llegar aquí con las manos vacías. Redes de proximidad debilitadas en una mirada, un gesto, un color, un nombre. El néctar de la autodefensa cubre los recuerdos de quien

alguna vez se fue. O se quiso ser. Proyecto de persona pausado. ¿O renovado?

Revolución. Un habitar el intersticio entre cada dilatación y contracción. Un rehacer el terreno que está bajo el nivel del mar. Bombear y bombear para no encontrar suelo firme. Espacio ahogado en un humo pegajoso que hace tan rojos y bellos atardeceres. La fragilidad compartida del territorio en el que se rasga la superficie y sangra, siempre sangra. Urbanidad discontinuada, llagas de crecimiento asimétrico y velocidades estratificadas. Falsa dicotomía: ¿ciudad densa o dispersa? La gente ayuda a la gente, allí donde se arma la urdimbre y, en anonimato, se deposita lo que se puede, se entrega lo que se tiene. Proyecto de perla en funcionamiento.

La *Perla*. ¿Cómo tallarla para que se valoren los intersticios como espacios comunes de expansión? ¿Cómo no drenarla?

MAURA DANIELA SALVO EPULLANCA



En Valdivia no llueve V se terminó de imprimir en
Valdivia en diciembre de 2021
en los talleres de Imprenta América
Fue impreso en papel *Bond ahuesado* de 90 gramos
Para la portada se utilizó la tipografía *Grand Royal*
Para los textos de interior se usó *FFScala*.





LOS LIBROS DEL GATO CAULLE